

**MEMORIA Y UTOPIA I:
INDAGACIONES CONTEMPORÁNEAS**

**MEMORY AND UTOPIA I:
CONTEMPORARY INQUIRES**

**MEMÓRIA E UTOPIA I:
INVESTIGAÇÕES CONTEMPORÂNEAS**

Presentación del tema monográfico

Cuando Leonardo Tovar, editor general de la revista, me propuso un número filosófico que tuviera como referencia la memoria, lo primero que pensé fue el reto pero también la desconfianza que frente al tema puede existir en el ambiente filosófico colombiano. Demasiado *abuso de la memoria* trae consigo el empobrecimiento y la manipulación del término, y sin duda, esto es lo que menos se puede querer desde la disciplina filosófica. Pero la salida llegó cuando la utopía se emparentó con la memoria. Y es que la utopía asociada con el pasado tiene la fuerza de darle vida al pretérito y no está expuesta, como la ideología, a la clausura del dogma, si nos atenemos a la discusión de Ricœur. En seis meses nos pusimos en la tarea de reunir a algunos de los pensadores y amigos que sabemos más comprometidos con el tema en los dos lados del Atlántico. Tenía que ser un número capaz de corresponder a los marcos universales de la filosofía, pero que tuviera la singularidad propia de la filosofía que alienta esta publicación. Por eso, el punto de arranque o el horizonte inicial lo ofreció Tomás Valladolid, que ensaya esa articulación tan necesaria entre tiempo y utopía, entre recuerdo de las víctimas y prosecución de la esperanza.

El presente número monográfico está atravesado no solamente por la idea de memoria, sino también por el lugar o los lugares desde donde se piensa el tema. Por eso, situar el cuestionar filosófico en el territorio latinoamericano obliga a que interroguemos los dispositivos de nuestra modernidad. El pensar ha estado atravesado por el colonialismo y la dependencia, de allí que desde la memoria pensemos una *modernidad otra*. Fue el sujeto blanco, cristiano y ciudadano burgués de la Ilustración del siglo XVIII el que elaboró la filosofía universalista del progreso. En el caso latinoamericano hemos tenido cinco siglos en los que las inmensas mayorías indígenas y negras fueron víctimas de la exclusión y del olvido. Ahora tenemos el compromiso de reconocernos en esas alteridades que fueron despreciadas y negadas. La pretensión universal de la filosofía despojó de lugar y de circunstancias temporales al pensamiento, pero lo que encontramos es que una filosofía de las víctimas de la historia se inscribe en un momento preciso. La víctima fue despojada de su ciudadanía, puesta en minoría de edad o eliminada como obstáculo al progreso. La figura del “pequeño turbina”, recreada por Primo Levi, sin voz, famélico, nacido en un campo de concentración, es

la representación de aquel que nació condenado por designios humanos en distintos lugares del planeta.

El racionalismo moderno se desligó de los aspectos más instintivos y bajos del hombre: se desligó despreciando, negando o queriendo instaurar un reino de luz frente a lo considerado “oscuro”. Varios de los trabajos inscritos en una filosofía de la memoria abordan esta negación o minimización de las regiones menos domesticadas de la humanidad. Desde una perspectiva de la memoria, este número monográfico aparece como una denuncia contra la razón dominante que apela o se vale de una claridad racional en los escritos.

A la visión mística, a la posibilidad onírica o al camino estético se le suma la memoria como una postura que aspira a ser más que una episteme de la filosofía: lo que busca es darle una carta de navegación al desesperado ser contemporáneo. La memoria tiene afán de reencuentro con aquello olvidado, haciendo de ese pasado un presente futuro. En esto parecen conectarse, desde finales del siglo XIX hasta la debacle de la II Guerra Mundial, diversas tendencias del pensamiento filosófico: de Bergson a Benjamin, de Ortega y Gasset a María Zambrano, la idea de tiempo deja de ser el continuo aburrido de la historia, para hacerse en un verdadero interrogante.

La memoria tiene también una estrecha relación con la experiencia del exilio. La primera mitad del siglo XX tuvo para los intelectuales europeos como Adorno, Brecht, Benjamin o Zambrano la terrible característica de alejarlos a la fuerza de su territorio y, en muchos casos, de su lengua. El peregrinaje obligado de los intelectuales, por motivos políticos, irá a la par del que vivan millones de familias por toda Europa, así como el vivido durante el restante siglo XX por millones de seres humanos. Nos encontramos, entonces, con el relato argumentativo de una filosofía que interpela el movimiento, el desplazamiento, la huida, que no acepta el fijismo cómodo del ser y de la identidad. Tras el drama y las posibilidades del exilio en los intelectuales está también la experiencia del desplazamiento y la migración de multitud de hombres y de mujeres en el mundo global. Por eso, más que hablar por otros, como emisarios “ungidos” de los sin voz, los escritos del presente número son el testimonio sincero de una pequeña comunidad filosófica que ha encontrado en ciertas líneas y temas la posibilidad de hablar de sí mismos, de sus angustias y esperanzas, de sus solidaridades, de sus desacuerdos, por medio del lenguaje del discurso crítico. Que sea esta también la oportunidad de agradecer al grupo de investigación “Filosofía y Memoria”, así como a su semillero de la Universidad Tecnológica de Pereira, pues sus reflexiones

han significado la oportunidad de tener un microespacio de liberación en medio de tanta razón instrumental. Asimismo, a Leonardo Tovar, agudo estudioso de la filosofía en Colombia, quien ha considerado que esta reflexión acerca de la memoria tiene algo que aportarle a la filosofía colombiana y latinoamericana.

Este trabajo es también un homenaje a Manuel Reyes Mate, con quien directa o indirectamente todos los colaboradores del presente número nos encontramos en deuda. Su capacidad de entregar afectivamente, de compartir durante varias décadas por el mundo, le han permitido encontrar una comunidad que si bien comparte una sensibilidad filosófica y escritural, ha tomado su particular camino sin sujeciones a uno de los maestros más destacados de Iberoamérica. Todos los acá presentes hemos tenido algún tipo de contacto con él: contando con su apoyo, asistiendo a sus seminarios o, lo que resulta más definitivo, leyendo sus trabajos. Pero cada uno ha tomado su propio camino; la orientación de la escritura y los temas han tomado derroteros particulares. El caso mexicano difiere del español, del argentino y del colombiano. Si bien el *logos* de la filosofía es compartido, cada uno de nosotros realiza unos cruces que obedecen a las búsquedas de cada investigador.

Alberto Verón Ospina
Profesor titular
Universidad Tecnológica de Pereira